

Anuario GRANADA 2010

Crónica del año 2009



Asociación
de la Prensa
de Granada



Miembros del Patronato de la Fundación Francisco Ayala en Alcázar Genil, durante la última reunión a la que asistió el escritor. *Krum Krumov*

El viaje definitivo de Ayala o de cómo el hombre se une a su obra

Sus cenizas permanecen bajo un limonero en la Fundación que lleva su nombre

ANTONIO CHICHARRO
Profesor de Literatura de la UGR

Cuando asistí, con motivo de su reciente fallecimiento, a un acto celebrado en memoria de Francisco Ayala en la fundación que en Granada lleva su nombre no podía imaginarme que allí mismo, a muy pocos metros de donde estaba sentado, habían sido depositadas sus cenizas debajo de un limonero unos pocos días antes. Tras comunicársenos ese hecho a los asistentes y ser invitados a visitar con recogimiento tan cercano lugar, sentí una emoción similar a la que experimenté cuando visité en 1996 el Museo Thorvaldsen de Copenhague en cuyo patio central descansan bajo unos rosales los restos del famoso escultor

neoclasicista danés. Me emocionó saber entonces que Bertel Thorvaldsen se había unido de esta manera a su importante obra. De este modo, las apagadas cenizas de Ayala venían a sumarse a las vivas y ardientes ascuas de sus libros cerrándose simbólicamente el círculo que une hombre, escritor y obra.

Quienes hayan conocido y leído a Francisco Ayala sabrán cuán reacto era a poner su obra al servicio de su persona y cuán despegado era de sí mismo (de ahí que tomara con resignación tanto agasajo y reconocimiento en los últimos años de su vida). También, por el contrario, cuánto de su persona y de sostenido esfuerzo ha puesto al servicio de su obra.

Francisco Ayala en 1926. *Fundación Ayala*

una obra que, sobre todo la de invención literaria, está constituida por piezas dotadas de alguna perennidad, como él mismo reconocía y dejó escrito, una obra con la que pretendía formular en imágenes su visión del mundo y proponer al juicio de los demás esta cifra de su realidad, justificando así de alguna manera su presencia en él.

Por eso, me emocionó saber aquel luminoso y frío día otoñal que con esa decisión tomada de hacer regresar en su viaje definitivo a Ayala a su patria de Granada de algún modo se hacía justicia al procurar que el hombre y la obra estuvieran juntos de esa manera, aunque él tal vez no lo hubiera previsto así. Sus cenizas, lejos de dispersarse y dispersar para siempre al hombre, han venido a recogerse en un hueco de su feraz tierra matriz y a vivificar con su oculta presencia una obra insoslayable de la mejor cultura literaria del siglo XX.

De alguna manera, por otra parte, este tan significativo hecho de unir para siempre en la sede de la Fundación al hombre y su obra me ha llevado a recordar lo que Francisco Ayala había reflexionado acerca de esta relación. Pues bien, para comenzar recordaré que para Ayala toda obra literaria es autobiográfica si se entiende que la biografía de un escritor consiste en sus escritos, pues éstos se nutren de la sustancia de la vida. Ahora bien, aclara nuestro autor granadino, "en lo sustancial la vida humana

no está reducida a los acontecimientos en que cada individuo, y en su caso el escritor, pueda haberse visto implicado [...] A la vida humana pertenecen, no menos sustancialmente, los impulsos biológicos y psíquicos de cada cual, los patrones culturales asumidos, las tradiciones recibidas, su educación artística y literaria, y luego sus peculiares aspiraciones, propósitos, deseos, frustraciones y logros, sueños y ensoñaciones, fantasías, ilusiones y engaños, y por supuesto, las ideas en que su visión de la realidad se articula y que le permiten expresar de manera consciente, articulada, el modo de su instalación en el mundo [...] De cuáles sean los elementos que, como idóneos, haya seleccionado para una determinada estructura poética dependerá el grado y nivel en que ésta pueda ser considerada biográfica".

Esta idea acerca de que toda obra de arte literario se construye así con materiales de la experiencia de su autor en un amplio sentido —realidad, deseo, fantasía, etcétera— y que ésta viene siempre cargada de significaciones que trascienden a su pura invención artística, explica que Ayala señale la intención del autor como el elemento donde debe buscarse la diferencia entre la obra de creación y otras obras no ficticias del arte literario, si bien la calidad artística del texto depende de que la estructura verbal sea adecuada para encerrar el contenido proyectado, confiriéndole cierta autonomía frente a la contingencia histórica. De ahí

que trate la relación del autor con la obra revaluando en todo momento el carácter imaginario del poema frente a interpretaciones que remiten a la realidad práctica del autor, si bien reconoce que toda ficción literaria se nutre de la experiencia práctica y llega a convertir en personaje ficticio al propio autor.

En todo caso, "el escritor que produce una obra poética transfiriendo a ella algo de su individualidad esencial, queda por ese acto desdoblado en dos: un autor que se incluye en el marco de su obra y el hombre contingente que ha quedado fuera para desintegrarse en el incesante fluir del tiempo". Este proceso de ficcionalización del autor se explica con los usos de los nombres y seudónimos.

En todo caso y en un paso más de su reflexión, para Francisco Ayala, la originalidad y singularidad de la obra no está en los materiales de la experiencia ni en los artificios formales. El argumento y la forma deben ponerse en juego para dar la expresión más idónea a las intuiciones del escritor. La originalidad será posible si la obra consigue manifestar la índole única de la visión del mundo del autor, esto es, si hace que se revele su libre individualidad a través de las palabras y de sus significaciones.

Hasta aquí esta aproximación esencial a las ideas de Ayala sobre lo que pueda

Para Ayala toda obra literaria verdadera se construye con materiales de la experiencia del propio autor

suponer la siempre compleja relación del autor con su obra, ideas que coexisten con otras explicaciones distintas y aun contrarias a este respecto.

Por eso me emocionó aquella mañana otoñal saberme tan cerca de las cenizas de don Francisco, mi viejo amigo, y conocer así que, como su obra desde unos años atrás, había venido para quedarse definitivamente entre nosotros. Este ha sido para mí al menos el sentido de su viaje definitivo y por eso cuando paso por la Fundación me detengo a observar las verdes hojas de ese fragante limonero.